

Alonso Zamora Vicente, *lembianza* del ventanal a la calle de un aula gallega (1916-2006)

Alonso Zamora Vicente, lembianza of the large window from a Galician room to the Street (1916-2006)

[...]vestir n su voz de duelo y le recordarán horacianamente, como discipulos suyos, *Integer vitae scelerisque purus*. No, a la voz de [Zamora Vicente] no sucede una dura mudez sino los copiosos ecos de la semilla por él sembrada¹.



Santiago de Compostela, 1995.

Alonso Zamora Vicente, narrador, filólogo, crítico e historiador de las literaturas hispánicas, acept  en 1997 ser Director honorífico de *Madrygal. Revista de Estudios Gallegos*. Nunca se negó a colaborar con cualquier idea cultural vinculada a Galicia. De ahí el atrevimiento a solicitárselo. Había sido muchos años nuestro catedrático de Filología Rom nica en la Universidad Complutense de Madrid y, luego, el profesor emérito por excelencia, el más querido. Generoso, como siempre, nos regal  el prestigio de su nombre para presentar la revista y hasta la misma fecha de su 90 cumpleaños se nos mostró animoso, sabedor de que su aprobaci n² era esencial

para el futuro de la publicación. Ese apoyo lo interpretábamos como una expresión más de su afecto hacia Galicia, sus gentes, su lengua y su cultura.

Cuando *Madrygal* era apenas balbuciente proyecto, uno de los momentos de su impulso primero pertenece a un día gallego que ahora se nos antoja purísimo y lejano: cuando en 1995 fue investido *honoris causa* por la Universidad de Santiago de Compostela. Muchos de los colaboradores de la revista acompañaron al maestro. Su discurso³, la reincorporación como doctor de honor de la Universidad gallega, en compartido mérito con los profesores José Luis Aranguren y

¹ Zamora Vicente, A. "Antonio Tovar", *Gaceta Complutense*, Madrid, 15.01.1985. Adaptación de un párrafo final de esta necrológica.

² La profesora D.  Carmen Mejía Ruiz guarda emocionada memoria, escrita y gráfica, de sus últimas visitas y de las expresiones de afecto que el maestro tuvo hacia la publicación.

³ Aranguren, J.L., Malinvaud, E. y Zamora Vicente, A. *Discursos de investidura de...* Santiago de Compostela, 1995, 81 p.

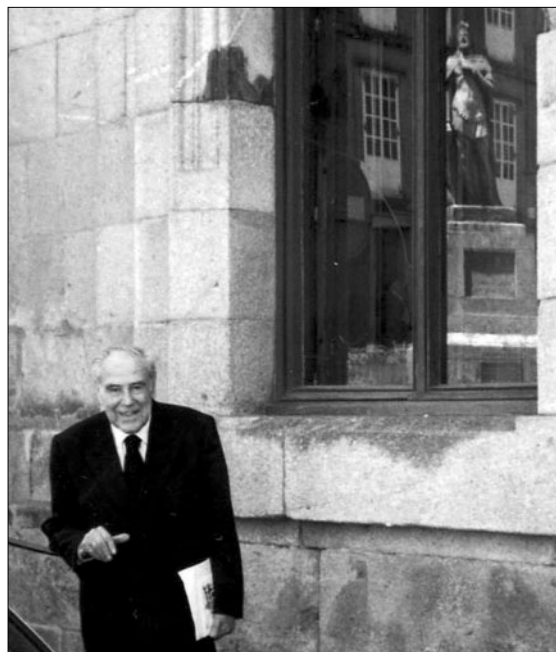
Edmond Malinvaud, fue una de las muestras más bellas y expresivas de la entidad de su magisterio y de su viva literatura. ¡Despertaba asimismo entre sus discípulos iniciativas nuevas! Recordamos nítidamente el oro de lo escuchado, su renovada confianza en la Universidad española, sobre retazos de la vida de Galicia en años difíciles, aunque de ilusionada juventud, de 1942 a 1946 y con las optimistas vivencias de los progresos gallegos más recientes.

Destacado el alcance de la investigación lingüística y literaria de Alonso Zamora Vicente, y todo lo que posteriormente lo fue vinculando a Galicia, en la alabanza ceremonial de su *padriño*, el catedrático de Filología Románica Constantino García, generoso amigo en Santiago, empezamos a compartir su discurso que efectivamente fue categórica declaración de fe en la Universidad desde el país gallego, con emocionadas evocaciones a la ciudad de Santiago de magistral serenidad retórica. Ampliaba, a modo de epílogo, su *Compostela, años atrás*, la conferencia de abril de 1992 en la inauguración del edificio nuevo de la Facultade de Filoloxía, en la cual, con mirada renovada, se había instalado en aquel lustro de su cátedra de *Literatura y Lengua Españolas* en el Instituto Gelmírez y, seguidamente, la Facultad de Filosofía y Letras, en el de sus investigaciones sobre hechos lingüísticos que caracterizaban la repartición y diferenciación geográfica de la lengua gallega, con el estudio fonético y léxico de arcaísmos, del seseo, de la geada, etc., que fueron innovadores trabajos en ese tiempo.

El regalo de la lección, lo no previsto, más que la evocación universitaria que su sugeridor estilo recuperaba, y lo que todavía hoy nos susurra, fue la melodía de una lectura, la entonación que confirmó a lo recordado, el milagro de la voz de Zamora Vicente que se dirigía una vez más a sus discípulos. Inevitable era recordar que en el lejano mayo de 1935, fecha de la recepción de Navarro Tomás en la Real Academia, había habido al menos un estudiante⁴ que, expectante, tuvo la ocasión de entrar en aquella sede para oír el discurso del maestro sobre el *Acento castellano* en un marco tan oficial. Pensaba que en esa conjunción del *sentimiento literario de la voz*⁵, de su

*gravedad, su armonía, su tono*⁶, que respetuosa y serenamente se había adueñado del rigor académico del acto, entre el maestro de entonces y del de ahora se hallaba el secreto. Su pensamiento sobre un tiempo de recuperación de ilusiones humanas e intelectuales, transmitido por vericuetos de retrospectiva confianza, seguramente velados por el secreto de una cierta tristeza en su acento —la muerte de su mujer, días antes⁷—, estaba modelado también por la enorme carga sentimental que recobraba su compenetración gallega del día. Con la naturalidad de un tranquilo gesto, su voz fue íntima transferencia de la perfección de la lengua de la cultura hispana entre las paredes del repleto paraninfo. Revivía su universitaria Compostela en un cortés y serenísimo acento castellano, tan perfectamente entonado con su *morriña* que el noble espíritu de la universidad gallega volvió a protegerlo con fraternal *gaudeamus*.

La voz de don Alonso, la dicción de su lengua literaria, era el eco “de casa” y de su calle, el viejo



Santiago de Compostela, 1995.

⁴ María Josefa Canellada y Alonso Zamora Vicente habían sido sus últimos discípulos en España a partir de 1931, de la última promoción que trabajó con el profesor antes del obligado destierro.

⁵ T. Navarro Tomás (1965).

⁶ *Homenaje a la antigüedad académica celebrado el 15 de diciembre de 2005 en honor del Excmo. Sr. D. Alonso Zamora Vicente, académico de la Real Academia Española*. Madrid: Instituto de España, 2005, 24; y de conversaciones, transcritas, con el escritor.

⁷ La lingüista y escritora D.^a María Josefa Canellada Llavona falleció el 7 de mayo de 1995.

barrio madrileño, la escuela del poeta Salinas en la orilla de la Plaza Mayor y el Instituto de San Isidro; de las hablas familiares de temporadas en los lugares de sus orígenes: cacereño, por las serranías de Guadalupe y la Mancha albaceteña de los parientes paternos; la del estudiante en la inolvidable Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y el Centro de Estudios Históricos, donde la presencia de María Josefa Canellada, ¡su amor para siempre!, orgulloso acento asturiano colaborando con Pedro Salinas y de lleno en sus investigaciones de geografía fonética; la de la oquedad desorientadora del torbellino de la Guerra —Madrid, Lérida y Barcelona— y la del profesor en institutos por tierras occidentales peninsulares —¡pueblo por pueblo en Badajoz y Cáceres!—, la larga estancia en el país gallego y en Salamanca, aula del Palacio Anaya; la del viajero americano o la de su depurada ortodoxia de gramática académica... La suma de lo que escuchábamos era la voz de la cultura española, de pronto renacida al sentirse protegida por los muros universitarios del cariño gallego, conocedor de una lengua abierta al mundo.

Tempranísimo estaba en pie aquel miércoles 31 de mayo. Paseó solitariamente por Santiago que despertaba. Desayunó en café del secreto recorrido. Y volvió, para salir, acompañado ahora de Aranguren y Malinvaud, ante los reporteros que deseaban unas instantáneas de los tres en la plaza del Obradoiro. Un ¡hasta luego! y ya estuvo con nosotros, sus dos acompañantes⁸. No hay prisa alguna. Unos folios en transparente carpetilla de mano para la hora del compromiso académico. Atravesó la plaza hacia la catedral. Con lentitud, como si cada peldaño le procurara un recuerdo, llegó al Pórtico de la Gloria. Repetida satisfacción en su rostro. Ya en el silencio de las naves, hasta la emocionada petición ante la tumba del Apóstol. Apoyó sus manos en los hombros de la imagen. Apresurado, nerviosillo, confiado en que estábamos solos me atreví a esgrimir la cámara fotográfica. De nuevo la luz del espléndido mayo tras la puerta de las Platerías. En el puesto, los periódicos del día notificaban que el Depor había puesto un pie en la final de Copa; el partido del Gobierno pedía caras políticas nuevas; el general Manglano tendría que declarar por el informe Crillón; Antonio, hijo de Lola Flores, había muerto... No olvidaban tampoco que profesores y becarios habían creado un colectivo uni-

versitario, que se pedía un Valedor do Estudiante o que la Universidad nombraría ese día a tres nuevos doctores *honoris causa*...

Adelantado, se encaminó por la rúa.



Santiago de Compostela, 1995.

⁸ Los doctores D. Jesús Sánchez Lobato, Decano de la Facultad de Filología, y D. Juan M. González Martel fueron los representantes de la Universidad Complutense en este acto académico.

Por aquí, por aquí! Es la hora de clase. Ahí... ¡Esa es mi ventana, la fiestra!... Cuántas voces, cerrada o abierta, entraban. Era un aula en anfiteatro, la número uno. La Casa donde comencé mi singladura universitaria. Realmente todo Santiago discurría por esta esquina al mercado. Cuánto aprendí.

Aquel era un ventanal de la Facultad casi a la altura misma de la voz de la calle, por donde la ciudad a diario se compenetraba con la universidad ante el joven profesor.

Algunas mañanas, el bullicio de la calle penetraba por la ventana, pregones cortos, estrangulados, gritería múltiple, un sordo rumor de playa lejana que deslizaba la vida al pie de los cristales. En este local di mi primera clase universitaria en Santiago, octubre de 1943⁹.

Era consciente —eso quiso siempre—, de que la universidad no era nada sin su sociedad. Apenas un rato después proclamaría que

En esta ocasión no tengo más remedio que, por encima de los malos humores y desencantos, pasajeros, sí, pero penosos, proclamar mi enorme fe en la Universidad. [...] Toda mi generación (de la que soy, en verdad, un superviviente) ha tenido un torcedor espiritual: soñar con una España nueva, [...] Y lo sabíamos muy bien, esto no sería posible sin una universidad también nueva, eficaz creadora de ciencia y de personalísimo talante vital. [...] De ahí mi fe en la Universidad, una fe rotunda, sin quiebras ni fisuras

La gente del mundo gallego era la que por entonces traspasaba sabiduría y realidad de una lengua a aquel novato catedrático. Un saber humanista que se iba separando del rutinario dictado libresco para desplegarse en curiosidad filológica sobre todas las tierras de España. O sobre Portugal —pasión por Gil Vicente y Camões, por la estudiosa Coimbra y la cosmopolita Lisboa—; y pronto sobre su protectora América hispana, ¡absoluto regocijo por la lengua del enorme ámbito hispánico en el *Tirano Banderas!* La transformadora Argentina, su Buenos Aires querido (1948-1952), entre la revista *Filología*, las tertulias literarias y los primeros cuentos en prensa, y el íntimo México, en su Colegio de México, también convertido para él y María Josefa en intelectual *Tierra Caliente*. Nuevas

patrias de afectos reencontrados y admiraciones que irremediamente se habían dispersado o que felizmente descubría: Amado Alonso, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Daniel Devoto, Eduardo Mallea, Emilia de Zuleta, Jorge Guillén, Julio Cortázar... Tantas voces, de antes y después, de muchos lugares. De ahí que el reencuentro con amigos, estudiantes y colegas suyos, como ocurre con los auténticos maestros, sea y siga siendo sorpresa de novedades biográficas, ecos de clases, paseos y conversaciones.

Las vertientes de su trabajo intelectual, sobre *la lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos...*, tienen amplio testimonio en todo lo que convoca este subtítulo de tomos de las dos grandes convocatorias en torno al maestro: *Con Alonso Zamora Vicente*, de la Universidad de Alicante (2003) y el *Homenaje* en la editorial Castalia (1988-1996).

De su amplia experiencia como investigador, en los últimos homenajes y en estas recientes fechas de recuerdos varios, se ha destacado su *Historia de la Real Academia Española* (1999). Por razones distintas ha sido, efectivamente, el libro más mencionado. Y sin duda es importante trabajo¹⁰. Zamora Vicente, vinculado a la Real Academia Española como Correspondiente en Salamanca desde 1958, fue elegido miembro de la Corporación en 1966 para la silla D mayúscula. Con intensa labor hasta 1971 en el Seminario de Lexicografía, continuada en los *Diccionarios* del tiempo, desempeñó el cargo de Secretario hasta 1989. Fruto de esta larga y múltiple actividad es el amplio texto de su *Historia* académica que revela la pasmosa capacidad de manejo e intuitivo análisis de la documentación. Conducida con eficaz y sugeridora prosa —sirva de muestra el apartado que dedica a la Casa de Lope de Vega, que inicialmente fue pensado para introducción del catálogo guía de 1993 de esta joya museística en Madrid—, narra, con rico aporte de conocimientos histórico y literarios, los avatares y repercusión de la Española durante tres siglos en España y América.

Efectivamente es obra de investigación que destaca entre sus muchas investigaciones, y sobre la que él mismo expuso sus objetivos en el acto de presentación del libro; pero en absoluto hay que convertirla en insignia de la producción de

⁹ A. Zamora Vicente, A. *Compostela, años atrás*. Santiago de Compostela: Consorcio de Santiago, 1993.

¹⁰ Con la colaboración de D.^a Elvira Fernández del Pozo y Merino, Responsable del Archivo y Patrimonio Artístico de la Real Academia Española, y la participación de D. Pedro Canellada Llavona, vinculado a dicho Archivo en esos años.

Zamora Vicente. A pesar de su valiosa visión, preva- leció, a la postre, el espíritu corporativo de secretario. Tal vez porque fue el último de los secretarios *perpetuos*, cargo que garantizaba, más que el de tres años del Director, según la tradición estatutaria de esta institución de modelo francés, la continuidad de la documentación, la memoria fundamental de la Corporación. Con sonriente apunte de elemental etimología repetía que *Secretario viene de secreto*. Y aunque renunció al cargo por enfermedad, en 1989, ese criterio preva- leció igualmente en la larga etapa de redacción del trabajo. Era tiempo en que el calificado como viejo Estatuto se rejuveneció a gusto de una sabia Comisión. Mas no toda la historia de la Real Academia, con sus “personajes bien informados” —solía apostillar don Alonso— quedó recogida. Al fin y al cabo eran seiscientos sesenta páginas. Pudo retirar muchas para otro momento. Frenó en seco en el periodo más largo de dirección que conoció, la de Dámaso Alonso, en 1982. Lo siguiente, en fin, para otro historiador más joven. Aun así, sinsabores no faltaron cuando el original estuvo más que correctamente peinado. Y se añadió capítulo de apéndice.

La edición quedó espléndida. Algunos, como siempre, esperaban más. ¡Estaba tan bien escrita, que sabía a poco...! Se preguntaban, ¿y el resto? Había que cortar, y el presupuesto es el presu- puesto. Como sucede frente a todo Archivo de interés, la tarea hubiese sido interminable... y, además, los expedientes académicos también están sujetos a privacidad. Pero, ¿había ido perge- ñando Zamora Vicente, paralelamente, otra histo- ria académica? Quien tan eficazmente había ase- diado *Luces de Bohemia* ¿no había quedado sugestionado por la controversia de la Escena Cuarta del incisivo esperpento valleinclanescos? La pasión irremediable del erudito académico, en su precisa acepción de laboriosidad y mesura, fue lo que hasta las últimas fechas le llevó algún tiem- po a continuar revisando y a ampliar datos pun- tuales que las premuras despistaron en favor de una segunda edición.

Me quedo con Zamora Vicente *narrador*. *Primeras hojas* (1955) o *Smith y Ramírez* (1957), ¡sus preferencias, el entusiasmo de su primer arranque creativo!, dio paso a la madurez de un buen manojito de cuentos, desde *A traque barraque* (1972), *Desorganización* (1975) o *El mundo puede ser nuestro* (1976) a *Voces sin rostro*

(1989), *Historias de viva voz* (1995) y *Cuentos con gusano dentro* (1999), y de sus dos particula- res novelas *Mesa, sobremesa* (1980) y *Vegas bajas* (1987). La calidad de sus más pausados relatos, esos que remató las fructíferas tardes de los domingos. Lo más apreciado de Zamora Vicente, en verdad, la escritura de sus cuentos, el calibre de la prosa que los sustenta. Un renovador enfrentamiento estilístico en el corazón mismo de la lengua, en las anónimas voces de la calle, ese raudal de diálogos frustrados ante un receptor a quien apenas se deja asentir.

Entre sus personajes, uno, impertinente él y tan pasmado desde la muerte del autor, un señor académico que pretendió querer escucharle y que, en verdad, tuvo la gentileza de hacerlo, recibe devuelta su propia pregunta de entonces:

—¿Te das cuenta de lo que he escrito?, dice.

—Sí, claro que sí, responde.

—Una manera cervantina de ver las cosas..., un modo de ver a las gentes..., un cierto humor..., se repiten.

Ha sido tan agobiante este año quijotesco que, incluso con sus ventajas, que me había olvidado que también yo lo tenía anotado, desde 1971, que fue usted, don Alonso, quien nos lo reiterase en aque- llos cursos de Doctorado, otra promoción más de estudiantes entre tantas suyas, anteriores. Y nueva- mente fue fugaz lección, rescoldo recién llevado al brasero, la última alusión pública suya a Cervantes, a escasas semanas de la despedida, ¡no me extraña- ría que haya estado entre sus primeros saludos!

el Quijote, lectura que aún no he terminado. [...] Siempre he visto reírse mucho a la gente. Yo no he podido nunca: acaso una sonrisa de trasfondo amaro- go lo más. Es increíble la mano de la divinidad: ¿Por qué Cervantes nos muestra una crítica de los afanes de la sociedad en que vive a la vez que le disculpa de ese error posible?¹¹

La obra, o la conversación, de Zamora Vicente, el tono de sus varios contenidos, no queda exclusivamente apuntalado, como se ha simplificado, por su rica cultura, de ágil desplaza- miento entre lo culto y lo popular, y un juego de sonrisas quevedescas de sarcástico encarrilado; ni por un seguro acomodo en la desgarrada autenti- cidad de lo castizo urbano —‘pesquis’, ‘¡pupila!’ o ‘guasa’, ¡esas voces expresivas del habla popu-

¹¹ En *Homenaje a...*, *op. cit.*, 23.



Madrid, 1991.

lar tan de su agrado y reivindicación estilística de la mejor estirpe costumbrista de Madrid!— ni por la aprehendida sabiduría escéptica y fuerza deformadora del esperpento valleinclanesco. ¿El humor de don Alonso?, ¿su sonrisa?, un solidario hablar a borbotes que nos sitúa en medio del trasiego de las gentes de toda condición,

quizá entra en ese arrabal de mi ser que es la ironía, y que yo considero esencial: no ya ironía sino compartida guasa, y allá voy con ella, buscando vuestra complicidad.

Tampoco el secreto de su narración reside únicamente en el rápido desatarse del asunto o de la trama, del tema que se preveía, para seguir configurando los falsos “monodialogos” en puro lenguaje. Es más que ejemplo de un sobresaliente lenguaje coloquial que se depura con preciso léxico y fraseología o una sintaxis que, sin dejar de ser ortodoxa, se adelgaza o revienta en extremos estilísticos que él mismo, burlón, rebautiza como adelantadas “autoridades” de uso (antes de la informatización, aquellas papeletas con fragmentos de textos para añadir al fichero académico) para tener en cuenta en la futura norma. Es sintética habla literaria, con cien recursos conjugada, que era la propia voz del día a día de Zamora Vicente en el convivir de su España cambiante.

Existen muchas páginas de Zamora Vicente que manifiestamente se inscriben en las coordenadas de las memorias testimoniales. Me interesa resaltar que se olvida que la mayoría de los relatos, y las dos novelas, con sus personajes sin rostros en reducidos espacios y urgidos por el poco tiempo que intuyen tener para explicarse, son densa memoria de sí mismo resuelta en monólogos o diálogos truncados, con hechos y situaciones de su tiempo. ¡Cuántas contrafiguras reales de su propio entorno, independientemente de su clase social o posición reconvertidos, a la espera de ser bien observados, en protagonistas de clase popular de oficios y labores varias! ¡Ni se han enterado de que son ellos!, decía sonriente. Cientos de circunstancias de esos personajes por desvelar, tipos instalados en manifiesto o inconsciente de-samparo o en la prepotencia de sus dominantes posiciones, desenvolviendo sus historias ante el que escucha. Y apenas encubiertos por la envoltura, elemental o sutilísima, de unos recursos de retórica variada. Como, por caso, el más sencillo de ellos: las citas cultas de extracción clásica coladas en sus textos. Divierte saber la multitud de versos de la poética del Siglo de Oro y de las generaciones líricas del siglo XX español e hispanoamericano engarzados, todas pendientes de subrayado, y que han sido tenidos por despistados críticos como caprichoso quiebro de mala prosa sentimental zamoriana-, y que colaboran a retoricar el torbellino introspectivo de un lenguaje que es desoída voz o frustrado diálogo de voces emergiendo del diccionario de la realidad cotidiana.

La biografía iniciada en *Primeras hojas* se fue reconvirtiendo, gracias a su denodada búsqueda de una contenida expresividad de la lengua —*todo ha de desprenderse de la lengua que hablen*¹²— en una voz biográfica multiplicada en boca de sus otros *alter ego* que son los que aparentemente captan la realidad en que él se reconocía. Un creciente esfuerzo de adecuación de su punto de vista con las capacidades de una multitud de tipos de sencillez singular —nadie le era ajeno—, a los que traspasa buena parte de su biografía. Su desbordado discurso, *con gusano dentro*, discurrió atento al desarrollo de su existencia, como testimonial torrente con el que intentó tantear, por medio de su enamorada captación de la lengua española, la complejidad del paisaje y los paisajes que conformaron su vivir y su mundo.

¹² En *Vegas bajas* (1987).

Desde que lo conocí en 1966 en la Universidad de La Laguna, un intenso seminario sobre novela picaresca y Cervantes, hasta ese alegre último 1 de febrero de 2006, su cumpleaños, *muchas vueltas ha dado el mundo desde entonces, y el camino hacia la radical soledad, ¿qué otra cosa es el vivir?, se ha ido agudizando. Pero todavía, a pesar de los altibajos, la voz de [Zamora Vicente] sirve de nexo... Porque este nexo, entendámonos, ¿no se llama magisterio?*¹³. Por eso evocamos su hispánica voz ante sus discípulos y los lectores de *Madrygal*, para abogar por la continuidad de la lectura de Alonso Zamora Vicente.

Don Alonso nos deja con un claro *Me corre cierta prisa. No olvidéis nunca aquel lugar bíblico: "la vida del hombre es apenas el rastro de un a nube"...* Yo, desde mi jardín, sentado en la ventana, veo pasar las nubes...¹⁴ Lo inolvidable, la amistad que tuvo a bien regalarnos, su magisterio, la ejemplaridad de humanista. Y en lo material, recuerdo de lo que le interesó, al igual que al variadísimo patrimonio artístico que lega, que comple-

mentaba su biblioteca en estanterías y con paredes repletas, habrá que fichar sus múltiples circunstancias de procedencia, también ha llegado la hora de *Asedio* a la obra exclusivamente de creación de Alonso Zamora Vicente. Apreciada siempre la enjundia de su calidad humana y de su labor docente e investigadora, ahora, su literatura exclusivamente de creación ha de seguir analizándose, con detenida entrega crítica a lo que sus textos comunican con el señalamiento de los componentes del andamiaje de sus relatos. Es tarea, para un renovado resultado crítico, que está por realizar.

*Ahora, en el silencio definitivo, [...], todo puede reducirse a algo tan claro y sencillo como esto: fue una gran suerte haber sido discípulo y amigo de [...] [Alonso Zamora Vicente], hombre ejemplar, el académico que hoy recordamos. Terminemos, con Manrique, reconociendo que hartos consuelo nos deja su memoria*¹⁵.

Juan Manuel GONZÁLEZ MARTEL

Casa Museo de Lope de Vega

¹³ Zamora Vicente, A. "Tomás Navarro Tomás (1884 – 1979)". *Boletín de la Real Academia*, t. LIX, c. CCXVIII, septiembre-diciembre de 1979, 431.

¹⁴ En *Homenaje a...*, *op. cit.*, 24.

¹⁵ "Tomás Navarro Tomás (1884 – 1979)".